



**EXCMO. Y RVDMO. SR. D. FIDEL  
HERRÁEZ VEGAS<sup>1</sup>**

Arzobispo de Burgos y Consiliario Nacional  
de la ACdP

Estamos dando inicio ahora mismo, ya, a este XX Congreso Católicos y Vida Pública que durante estos días va a poner el foco de atención, como también acabamos de oír y como sabemos, en el mundo de los jóvenes.

Sin duda que enlazamos, así, con una de las preocupaciones del Cardenal Herrera Oria. De todos es sabida la importancia que él daba a los jóvenes y la enorme confianza que siempre depositó en ellos, consciente de que, a través de la formación adecuada, serían ellos los protagonistas y actores del necesario cambio social.

El lema escogido para esta jornada lleva por título “Fe en los jóvenes”. Se trata de una frase que bien puede entenderse con un doble sentido, y que contiene en sí misma los objetivos de este encuentro organizado por nuestra Asociación Católica de Propagandistas.

Por una parte, la expresión “fe en los jóvenes” quiere hacer pública y real nuestra confianza en los jóvenes. Es ese el sentido genuino de la fe. Queremos demostrarle al mundo juvenil que confiamos en ellos y que esperamos mucho de ellos. Estamos convencidos de su valía, de su preparación, de su voluntad de participación. No en vano nos encontramos frente a una de las generaciones mejor preparadas de nuestra historia. Sin embargo, aunque lo expresemos así, tenemos que reconocer también que esta confianza en ellos la tenemos que seguir trabajando hoy en el interior de nuestra sociedad, porque no es del todo evidente.

Algunos hechos demuestran la contradicción con los hechos, y especialmente con nuestros deseos. El propio Papa Francisco constantemente nos lo está recordando cuando llama la atención sobre la implantación en nuestra sociedad de una cultura del descarte que está dejando hoy a millones de jóvenes fuera del mundo del trabajo, de la política, de la sociedad. No podemos tolerar esta cultura que, al perderlos, priva del necesario impulso renovador y de la savia nueva que fructifique en una sociedad distinta.

---

<sup>1</sup> Transcrito por audición.

El mundo solo puede cambiar si los jóvenes están presentes en él de manera activa y protagonista. Necesitamos a los jóvenes. “Os necesitamos”, les dice el Papa Francisco.

Otro hecho que demuestra esta contradicción de los hechos con los deseos es la afirmación tan repetida de que los jóvenes son importantes porque el mundo del mañana les pertenece. Tras este pensamiento se esconde una actitud nociva, en la que se está postergando a los jóvenes de su participación y protagonismo en el mundo que hoy se construye.

De esa manera, pensando en el mañana, se priva nuestro mundo de su necesaria participación. Porque son ellos los que también están configurando la cultura y el mundo en el que vivimos. Nadie mejor que ellos visibiliza algunos de los retos culturales a los que nos enfrentamos, y que ellos han de asumir en primera persona.

Me refiero al reto del multiculturalismo, de la técnica y de la época digital, de la violencia y del desencanto político, de la inequidad y el empobrecimiento. Los años que ahora viven son los años que preparan su futuro y el de toda la humanidad. El mañana depende mucho de cómo estén viviendo el hoy de su juventud. No es que el mañana sea de los jóvenes, el mañana se prepara hoy y hemos de acompañarles en algo que ya forma parte de su quehacer y de su tarea.

Igualmente, la Iglesia debe hacer propio ese proceso de reflexión y de conversión, para descubrir cómo integra en ella a los jóvenes que van alcanzando su mayoría de edad en la fe, en la orientación y en el compromiso de su vida.

El Sínodo de los Obispos, recientemente clausurado, nos habla en su documento final de la urgencia de caminar en una Iglesia más sinodal, que expresa la comunión profunda de todo el Pueblo de Dios, los laicos y la jerarquía, los varones y las mujeres, los jóvenes y los mayores.

La sinodalidad, palabra repetida y vivida en el sínodo, es una forma de ser Iglesia en misión, que se nos presenta como un ideal mucho más provocador y atractivo que el señuelo de la democracia. Sin duda, puede ser para los jóvenes un cauce atrayente de convocatoria y de participación.

Decía al principio que había dos sentidos. El primero era este. Aludo al segundo.

El otro sentido de la expresión “fe en los jóvenes” nos invita a analizar, debatir y compartir cómo vive hoy la fe el mundo juvenil. Todos somos conscientes de la enorme preocupación con la que afrontamos este tema al descubrir el envejecimiento progresivo de nuestras comunidades, y especialmente de nuestros agentes de pastoral.

Vemos con preocupación la fractura que se ha producido en la transmisión de la fe. Eso a pesar de los enormes esfuerzos pastorales que se han realizado en nuestras diócesis, en nuestras parroquias, en nuestros colegios y universidades confesionales.

En el escenario europeo en el que nos encontramos, se nos presenta el enorme reto de la transmisión de la fe a los jóvenes. También son ellos quienes nos deben ayudar a encontrar nuevas formas y maneras para conseguir el único objetivo de evangelización, el encuentro transformador con Jesucristo.

En este complejo escenario nos mueve, especialmente, la esperanza. Desde luego que no es una esperanza ilusoria e infantil, que oculta el problema para mirar la realidad solo desde lo positivo. Se trata de una esperanza activa, profundamente teológica, fundada en Jesucristo, que ha prometido que estará siempre con nosotros hasta el fin del mundo.

Por eso, con el mismo realismo que vemos los aspectos negativos, vemos la acción del Espíritu en muchos jóvenes que siguen descubriendo hoy la alegría de la fe, así sucede, por supuesto, y que se sienten comprometidos y misioneros desde el convencimiento de que el mejor apóstol de un joven es siempre otro joven.

Este congreso nos ayudará, sin duda, a seguir la senda del Sínodo de los Obispos, que nos invitaba a hacer nuestra la experiencia de los discípulos de Emaús. Ponernos al lado de los jóvenes para escucharlos con cariño y empatía, acompañarlos en sus esperanzas e ilusiones desde el afecto personal y comunitario, despertarles y animarles en su misión en el mundo y en la Iglesia desde su vocación específica.

Termino agradeciendo su presencia a todos cuantos aquí estamos, a cuantos participarán en este Congreso. Especialmente agradezco el empeño y dedicación de quienes han llevado el peso, decía al principio en el saludo, de su organización y desarrollo.

Esperamos, con la ayuda de Dios, que de todo se siga un mayor compromiso y un renovado impulso al servicio del acompañamiento de los jóvenes en nuestra sociedad y en nuestra Iglesia.

Que Dios les bendiga a todos.

Alfonso Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera - Tiene la palabra el Ilustrísimo señor don Rafael Ortega Benito, director del congreso.